

En definitiva, el escrito analizado —emblemático, a nuestro parecer, del resto de colaboraciones—, aunque sugerente y acertado en algunas de sus tesis, parece demasiado apresurado.

J. M. Otero

**Paul JOHNSON**, *La búsqueda de Dios. Un peregrinaje personal*, ed. Planeta, Barcelona 1997, 291 pp., 13 x 21. ISBN 84-08-01953-8

T. S. Eliot afirmaba que el hombre culto de nuestros días está saturado de imágenes y de palabras y que todas ellas, en su aparente pluralidad, mantienen a menudo una orientación común. Esta orientación —el *Zeitgeist* o espíritu propio de los tiempos que corren— la detecta de un modo inequívoco el cristiano que vive su fe con realismo o, dicho con otras palabras, el cristiano que mantiene viva la dimensión salvífica de la fe y que se compromete más o menos en la tarea de su propia santificación. Esta detección es a menudo la de una ausencia: en las voces y representaciones con las cuales se encuentra echa de menos una visión sobrenatural de la vida humana. El Concilio Vaticano II, sensible a este fenómeno, preconizó que, si había de ser eficaz, la palabra evangelizadora debería ir acompañada del testimonio personal.

Estas consideraciones vienen a cuento del peculiar enfoque que caracteriza a este ensayo del historiador inglés Paul Johnson. Abiertamente confiesa desde las primeras páginas de su libro que su intención es «ayudar a otros» a buscar y a encontrar al Dios vivo de la Iglesia Católica. Pero con notable lucidez comprende que esa tarea debe emprenderla de forma *personalizada*, comprometiéndose él mismo en ella: «He empezado a escribir este libro para resolver las dudas que me inquietan, para clarificar mis pen-

samientos y tratar de definir lo que Dios significa para mí y cómo afecta a mi vida» (p. 14). Esa es la condición de posibilidad para ayudar eficazmente a que otros compartan al menos algunas de sus creencias religiosas.

Esta observación inicial parece importante para comprender el sentido de algunas afirmaciones del Autor que, separadas de este contexto, podrían extrañar a otros católicos. Concretamente es preciso subrayar el carácter vivo y tentativo del discurso de Johnson. En su libro se encierran confesiones de fe, pero también impresiones, experiencias muy personales e incluso opiniones, que son provisionales como tales. Volveremos más adelante sobre este último punto.

Probablemente este ensayo deba ser encuadrado dentro del género de las modernas *apologías de la fe*. El Autor afronta, sin afán de sistematicidad ni de acabamiento, aquellas cuestiones que a su parecer resultan más acuciantes en el medio cultural que le es propio: el anglosajón. También su forma de abordarlas responde a la idiosincrasia británica: un estilo suelto lleno de referencias empíricas —históricas o experienciales—; un característico sentido del humor; una independencia mental respecto a los enfoques usuales con que se abordan este tipo de cuestiones...

Al igual que en otros de sus libros —«Tiempos modernos» e «Intelectuales»— Johnson se muestra como un desmitificador de personajes que la opinión pública ha elevado a los altares de una devoción secular. Junto a las reflexiones históricas que aporta al respecto, su testimonio de primera mano sobre filósofos ateos como Alfred J. Ayer, Jean-Paul Sartre o Bertrand Russell es sumamente esclarecedor. Con benigna ironía señala las incoherencias y falsas profecías de quienes creyeron poder contemplar en vida la extinción de la fe cristiana. Sin embargo, el Dios de esta fe resulta ser de

hecho «un Dios que no muere» y frente al cual fracasan todas las alternativas que algunos ingenian para sustituir su Señorío. Estos son los temas tratados en los dos Capítulos introductorios.

El resto del libro presenta un carácter aún más personal. El Autor se pregunta por temas que ya son tópicos en las obras de teología filosófica anglosajona: qué es Dios, por qué el mal, si existe una vida después de la muerte. Además, varios Capítulos se dedican explícitamente a reflexionar sobre los Novísimos: la naturaleza del Juicio de Dios, del Infierno y del Cielo.

El título mismo del Capítulo que concluye esta obra es muy significativo: «Hablar a un Dios al que no conocemos y que no podemos demostrar que existe». El Autor se sitúa en la mente de gran parte de sus contemporáneos y les incita a realizar la experiencia de la oración presentada como un acto sencillo y accesible. Incluso recoge más tarde en un Apéndice algunas de las oraciones que él mismo dirige a Dios en determinadas ocasiones.

Bajo este planteamiento late una larga experiencia pastoral de la Iglesia: ciertamente es preciso predicar la Palabra, la verdad sobre Dios, presentándola del modo más apto para cada situación cultural o existencial; pero el acercamiento del hombre a la fe exige salir del plano de lo *meramente teórico* y dejarse llevar por las gracias actuales que Dios dispensa copiosamente. Es preciso que cada persona tome la iniciativa de tender la mano hacia Dios, de dar un paso hacia Él, aunque sólo consista en un grito pidiendo auxilio: —¡Ayúdame a creer!

Paul Johnson no es un teólogo profesional. Formado desde niño en la fe católica, ha adquirido una rica cultura religiosa mediante la lectura y la investigación. El carácter autodidáctico de esta cultura se hace ostensible a veces

mediante intuiciones sugestivas, pero en otras ocasiones se manifiesta bajo forma de opiniones con muy poco fundamento científico. Otras recensiones ya publicadas de este libro han señalado esas opiniones sobre la ordenación de mujeres o la eternidad de las penas del Infierno. Pero, como ya adelantábamos, una lectura atenta de este ensayo revela la neta distinción que se impone en la mente del Autor entre dichas opiniones tentativas y lo que él sabe que es la fe inmutable de la Iglesia, a la cual se adhiere con convicción auténticamente teológica.

Por otra parte, no faltan tampoco opiniones que para el teólogo resultan interesantes como objeto de posible inspiración. Así, al abordar la existencia de la sexualidad humana, la relaciona con la «curiosidad» del Amor divino. La distinción sexual en las personas humanas no puede ser —afirma— fruto del azar, ni una mera consecuencia mecánica de la evolución animal. Es una realidad mucho más compleja y misteriosa, objeto de un designio divino específico. No cabe que Dios, como Espíritu puro, esté sujeto a las determinaciones propias de la sexualidad; pero eso no impide que, al crear la sexualidad humana, «este Dios curioso» haya encontrado la forma de hacer experimentar a los hombres algo que es el núcleo de su Esencia: el Amor.

La misma «curiosidad» divina es aludida a propósito del mal. Dios no deja al hombre sólo en el mundo, pero sí le entrega una verdadera autonomía o albedrío a la hora de vivir en el mundo, de edificar el universo y la historia. Dios está interesado en ver cómo se las arreglará el hombre por su cuenta y riesgo... Se trata obviamente de un argumento provisional, pero repugna al carácter realista del Autor aspirar a *dar razón de todas las cosas* «*sub specie aeternitatis*»; esta aspiración de raíz leibniziana excede las posibilidades del hombre común.

Quien asume la tarea de reseñar un libro como éste puede finalmente tener la satisfacción de constatar que las reflexiones hasta ahora enunciadas respecto al mismo no dispensan de su lectura, sino que por el contrario querrían ser una invitación a la misma y —quizá— ofrezcan también unas claves para que dicha lectura sea realizada en su sentido más propio. La obra de Johnson es sumamente proteica, está cuajada de observaciones y anécdotas que se resisten a ser sintetizadas; sin embargo, todas ellas contribuyen a enriquecer el texto con ese sabor peculiar del *testimonio de vida* que puede otorgar a un texto escrito con fines religiosos la verosimilitud y credibilidad que se espera de una apología de calidad.

J. M. Otero

**Juan ESQUERDA BIFET**, *Hemos visto su estrella. Teología de la experiencia de Dios en las religiones*, BAC, Madrid 1996, XXIV + 275 pp., 13 x 20. ISBN 84-7914-262-2

El objetivo de este libro del profesor Esquerda es exponer la experiencia de Dios en las distintas religiones con el fin de «intuir el misterio de gracia que se oculta en toda vivencia religiosa auténtica» (p. XVII). El planteamiento teológico que subyace a este trabajo se encuentra descrito especialmente en la introducción y en el capítulo final. En líneas generales sigue la doctrina de la declaración *Nostra Aetate* y la praxis de Juan Pablo II en sus encuentros interreligiosos. La convicción de fondo es que el conocimiento y encuentro con otras religiones es fructífero para el cristiano pues Dios ha sembrado durante siglos en las culturas religiosas las «semillas del Verbo». En la búsqueda e inquietud religiosa, Dios se deja entender. Y Dios habla hoy a los cristianos mediante esas se-

millas, que es preciso descubrir y valorar. Las semillas del Verbo pueden ser incluso una llamada a la conversión porque los valores auténticos de las religiones cuestionan al cristiano.

Al mismo tiempo, los cristianos deben ayudar a que las semillas lleguen a su madurez porque en el misterio de Cristo está la plenitud de las religiones. «La 'Palabra' definitiva de Dios ya ha sido pronunciada en la historia, pero todavía no ha sido promulgada de modo suficiente a nivel de conciencia y de cultura religiosas» (p. XV). Las religiones son preparación del cristianismo, están orientadas a él. Como los Magos de Oriente, también ellas han visto su estrella (Mt 2, 2), como indica el título del libro. El autor invita al cristiano a no ser mero espectador, sino testigo que indique a las religiones el camino que conduce a Jesucristo, que es la meta y cumplimiento de su búsqueda.

De entre las diversas formas de diálogo interreligioso —diálogo de vida, de obras, doctrina y experiencia religiosa— el profesor Esquerda pone el acento en la importancia del diálogo en el campo de la espiritualidad y, especialmente, de la contemplación. Una idea clave de toda la obra es precisamente que el encuentro con otras religiones se ha de dar de modo particular en el nivel de la experiencia religiosa. «El hombre de hoy está cansado de tantas elucubraciones filosófico-teológicas sobre Dios y pregunta sobre la experiencia de Dios» (p. 236). Además, la experiencia de Dios en toda religión es algo vital, que abarca a todos los campos de la vida. En el diálogo, el cristiano deberá mostrar la peculiaridad de su vivencia de Dios, que consiste sobre todo en la conciencia de que en Jesucristo Dios se ha hecho cercano al hombre por amor.

Al lo largo de la obra se va describiendo la búsqueda religiosa de Dios, que se hace presente en el corazón de la mis-